

Tema y Leyenda en *El Lago de Carucedo*

PAZ DÍEZ-TABOADA

Situado en el extremo sur-occidental de El Bierzo y próximo al impresionante –y no menos legendario– enclave de Las Médulas, se halla el bello y apacible Lago de Carucedo al que, como en el caso de otros lagos y lagunas del noroeste de España, la imaginación y tradición popular ha dotado de carácter legendario.¹ La más conocida de las leyendas sobre este lago es la que aparece en la “Crónica del Pseudo-Turpín” o parte IV del Liber Sancti Iacobi (contenido en el Codex Calixtinus, así llamado por haber sido falsamente atribuido al papa Calixto II), en donde por tres veces se cita la ciudad de Lucerna. Primero, al enumerar las cien ciudades españolas supuestamente conquistadas por Carlomagno, se incluye “Lucerna Ventosa, que se llama Carcesa y está en Valverde.” Al final, se dice que “todas las citadas ciudades unas sin lucha, otras con grandes batallas e insuperable estrategia, las conquistó [Carlomagno] entonces, excepto la mencionada

¹ “Pocos pasos después del pueblo de Carucedo y a orillas de la carretera se encuentra el famoso lago, rico en leyendas, en descripciones poéticas, rodeado de misterios ante los ojos del vulgo, ameno y seductor para quien por primera vez lo contempla.” (P. César MORÁN, *Por tierras de León. (Historia, costumbres, monumentos, leyendas, filología y arte)* [1925]. León, Diputación Provincial, 1987, pp. 95-96). También: “Antiguamente, en la dirección del lago de Carucedo y muy cerca de él, existió una ciudad, llamada Lucerna, que fue construida por los romanos. Un día una gran riada de agua que surgió de entre Las Médulas inundó la ciudad y ésta desapareció sepultada. Los hechos ocurrieron cuando la gran guerra de espadas.” (David Gustavo LÓPEZ, *Las Médulas. Tecnología e historia de la mayor explotación aurífera romana*. León, Nebrija, 1980, p. 151). Es lástima que el autor no dé nombre, edad ni referencia alguna de su informante, ni tampoco la transcripción exacta de la leyenda, tal y como él la recibió.



Lucerna, fortificadísima ciudad que está en Valverde y que no pudo tomar hasta lo último. Pero finalmente llegó junto a ella, la sitió y mantuvo el sitio por espacio de cuatro meses, y tras elevar sus preces a Dios y a Santiago, cayeron su murallas y permanece inhabitable hasta hoy en día, pues en medio de ella surgió un estanque de aguas negras en donde se encuentran grandes peces negros”²; y, por último: “Éstas son las ciudades que él [Carlomagno] maldijo después de conquistarlas con laborioso esfuerzo, y, por eso, permanecen hasta hoy sin habitantes: Lucerna Ventosa, Cappara y Adamia”.³ Además, en varias *chansons de geste* que se basan en el Pseudo-Turpín y lo completan, también se nombra Lucerna; entre ellas, en las de Gui de Bourgogne (h. 1211) y Anseïs de Carthage (h. 1230-50), que contienen relatos muy semejantes sobre la sumersión de la legendaria ciudad.

A partir de estos tres relatos y auxiliándose de algunas otras fuentes, Joseph Bédier, en un ya famoso y magnífico estudio, llegó a la conclusión de que la misteriosa “Luiserne ou Ventosa était en Valverde, près du lac de Carucedo et sur le territoire de l’abbaye du même nom, qui s’élevait à deux kilomètres de la route de Compostelle.”⁴ Bédier identifica Ventosa con El Castro de la Ventosa, colina próxima al pueblo de Pieros, entre Cacabelos y Villafranca, en donde estuvo emplazada Bergidum Flavium, antigua ciudad astur y capital romana de

² “Selon une interprétation vraisemblable de Gaston Paris, ces grands poissons noirs son les Sarrasins de Luiserne, métamorphosé par la malédiction de Charlemagne”; y en nota a pie de página: “*Histoire poétique de Charlemagne*, p. 270, note 1. G. Paris rapproche de cette légende une histoire des *Mille et une nuits* (*Histoire du jeune sultan des Îles Noires*).” (Joseph BÉDIER, *Les légendes épiques. Recherches sur la formation des chansons de geste*. Paris, Édouard Champion, 3ª éd.: 1929, t. III, p. 156). En el citado cuento de *Las mil y una noches*, la reina, que es una bruja, convierte en peces a los habitantes de la capital del reino: blancos, los musulmanes; rojos, los mazdeístas; azules, los cristianos y amarillos, los judíos.

³ *Liber Sancti Iacobi. Codex Calixtinus*, trad. Abelardo Moralejo, Camilo Torres y Julio Feo. Santiago de Compostela, CSIC, 1951, pp. 411, 413 y 414. El texto latino dice: “Lucerna Ventosa quae dicitur Karcessa quae est in valle viridi.”

⁴ BÉDIER, ob. cit., pp. 165-166; para todo lo referente a “la ville légendaire de Luiserne”, ver pp. 152 y ss. Bédier oscila algunas veces entre los nombres de Carucedo (pueblo y lago), Carrucedo (no existe en la comarca) y Carracedo (nombre de la abadía o monasterio).



El Bierzo, comarca a la que dio nombre; Carcesa, topónimo emparentado con Carucedo y Carracedo, era otro nombre que se le daba a Ventosa en los primeros siglos de nuestra era, según el martirologio romano, algunos antiguos breviarios y las Acta Sanctorum de los Padres Bolandistas; y Valverde es el antiguo nombre del dominio de Corullón, en el valle formado por la confluencia de los ríos Burbia y Sil. Por último, Bédier confirma la existencia de los peces negros del lago de Carucedo en el Diccionario geográfico de Pascual Madoz; y las ruinas que justifican la existencia de una ciudad maldita las encuentra en Las Médulas, que, con sus picachos de tierra roja y descarnada, bien pueden parecer, vistos de lejos y sin demasiada imaginación, los “murs vermeils” del Gui de Bourgogne o “Li mur... plus vermeil ke charbons en foier” del Anseïs. Sólo queda en la sombra del misterio el nombre de la ciudad: Lucerna.

En su estudio sobre la leyenda del lago de Sanabria, Cortés y Vázquez⁵ recoge una versión en Ribadelago según la cual la ciudad sumergida se llamaba Villalverde de Lucerna⁶ y recuerda que la leyenda se formó “al paso de las peregrinaciones jacobeanas”, puesto que “la Puebla de Sanabria era un centro de concentración de peregrinos”; sin embargo, si exceptuamos el nombre de la ciudad y su sumersión por castigo divino, la leyenda no presenta ninguna similitud con las de los textos carolingios –que fueron elaboradas por franceses que fantasearon sobre lugares españoles e, incluso, a veces, a partir de leyendas españolas⁷–; y, en cambio, se parece mucho más a la mayoría de las del noroeste español. Cortés no duda en afirmar que “la leyenda de la ciudad sumergida, aunque traída por las peregrinaciones, es de

⁵ Luis L. CORTÉS Y VÁZQUEZ, *La leyenda del Lago de Sanabria*, RDTP, IV (1948), pp. 94-114.

⁶ Así en la versión de Ribadelago y sólo *Villalverde* en la recogida en San Martín de Castañeda (no “Villaverde”, como se lee en cuerpo del art. cit., pp. 109 y 110). En una utópica aldea junto al lago de Sanabria ubicó Unamuno su novela *San Manuel Bueno, mártir* (1931), pero, según el nombre latino e invirtiendo el sintagma, la llamó “Valverde de Lucerna”.

⁷ Al tratar del *Anseïs de Carthage*, dice Bédier: “G. Paris a reconnu le premier l’origine de ce récit: ‘on ne peut, dit-il, en méconnaître la parenté avec la célèbre légende du rou Rodrigue et de Florinde, ou la Cava, la fille du comte Julien’” (*Histoire poétique de Charlemagne*, p. 277); BÉDIER, ob. cit., pp. 151 y ss.



indudable origen céltico”: doble afirmación algo precipitada, porque es posible que el tema central de la leyenda de Sanabria ya fuera conocido en España antes de la Edad Media y, por otra parte, céltico sólo parece ser el segundo tema, complementario del primero.

Dice Van Gennep, al tratar de las leyendas relativas al mundo natural: “Las inundaciones locales dieron nacimiento a todo un ciclo de temas que bajo la influencia de los misioneros, ha tendido a identificarse con el tema bíblico del Diluvio. [...] A menudo ha habido convergencia entre este ciclo y el de las ciudades sumergidas (p. ej., la ciudad de Is), por el tema del castigo sobrenatural. [...] En definitiva, se debe, no obstante, admitir gran número de regiones originarias para el tema central, el de la destrucción de un grupo humano por las aguas, sobreviviendo al desastre una sola familia, que asegura la reconstitución de la especie humana.”⁸

Este tema central del que habla Van Gennep, se estructura en cuatro motivos básicos, en torno a los cuales se articulan otros muy diversos que pueden aparecer o no, según épocas, territorios y culturas a los que pertenezcan las leyendas. Estos motivos principales son: a) el pecado o transgresión de una norma o precepto religioso, lo que provoca: b) el enojo de la divinidad, que manda: c) el castigo por medio de las aguas; no obstante lo cual, se produce: d) la salvación de un grupo humano – familia, pareja– o de un individuo, frecuentemente, por directa intervención divina. Dejando aparte los relatos del Diluvio, un grupo de leyendas presenta dos importantes particularidades –2º ciclo temático–: 1º. El pecado que provoca el castigo sobrenatural es la transgresión de las normas de la hospitalidad. 2º. En el lugar en que habitaba el grupo humano pecador se forma un lago o laguna. En estos relatos, el agua no es sólo agente de destrucción y purificación, como en los del Diluvio, sino que, además, el lago da testimonio del hecho catastrófico y patentiza el castigo sobrenatural a causa del pecado, lo que, verbalizado como *exemplum*, se mantiene en la memoria colectiva. Así, en el relato

⁸ Arnold VAN GENNEP, *La formación de las leyendas* (facsimil ed. 1914). Barcelona, Alta Fulla, 1982, pp. 78 y 79.



bíblico de la destrucción de Sodoma⁹, el pecado principal es la homosexualidad, pero se encuentra agravado por la inhospitalidad, como lo manifiesta la intención sexualmente agresiva de los sodomitas con los dos mensajeros de Yavé. Además, y aunque el castigo no es el agua, sino que “el Señor desde el cielo hizo llover azufre y fuego” – probable explicación religiosa de una erupción volcánica–, la tradición bíblica de que Sodoma estaba situada en la hondonada que anegaron las aguas del Jordán –río purificador e iniciático–, formando el Mar Muerto, presenta, quizá por primera vez, la ciudad pecadora hundida en un lago.

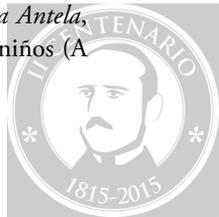
En el episodio de Filemón y Baucis¹⁰, es el carácter inhospitalario de la desconocida ciudad de Frigia o de Bitinia lo que provoca el enojo de Júpiter y Mercurio, que, metamorfoseados en figura mortal y viajeros por la tierra, sumergen la ciudad impía en la laguna, salvándose únicamente los que acogieron a “los celestes”; pero –diferencia importante respecto de los relatos bíblicos–, en este precioso texto de Ovidio, que es un *exemplum cristiano avant la lettre*, los “piadosos” no son una pareja todavía joven o una familia que, como decía Van Gennep, pueda “reconstituir la especie humana”, sino un matrimonio de pobres ancianos que sólo pueden dar testimonio de que la impiedad es castigada por los dioses y de que la actitud compasiva es recompensada, incluso en los pobres que apenas tienen nada que dar y en los ancianos que ya no pueden transmitir la vida.

Si no esta misma leyenda, otras muy semejantes, en las que Ovidio pudo basarse, parecen ser, una vez cristianizadas, el precedente, en cuanto al núcleo temático principal, de la mayoría de las del noroeste español¹¹: Jesús, solo o acompañado por San Pedro, Santa María, la

⁹ *Génesis*, cap. 19, vv. 1-29, en *Nueva Biblia Española*, trad. Luis Alonso Schökel y Juan Mateos. Madrid, Cristiandad, 2ª ed.: 1977, pp. 44-45.

¹⁰ OVIDIO, *Metamorfosis*, II (Lib. VI-X), ed. Antonio Ruiz de Elvira. Barcelona, Alma Mater, 1969, pp. 120-125. El editor indica en nota a pie de página: “No se sabe de dónde pudo tomar Ovidio el famosísimo relato que sigue, de Baucis y Filemón. No existe ninguna otra referencia a él fuera de este pasaje, ni sus protagonistas aparecen mencionados en ningún otro poeta ni mitógrafo” (pp. 121).

¹¹ Para Antela (Ourense), Xesús TABOADA CHIVITE, *Las leyendas de la laguna Antela, en Ritos y creencias gallegas*. A Coruña, Sálvora, 1980, pp. 221-235. Para Doniños (A



Sagrada Familia o Santiago Apóstol, como mendigos caminantes, no encuentran asilo ni caridad, salvo en una pobre anciana o en una humilde familia o pareja. Unas veces, la ciudad impía es pagana e idólatra: adora a Baal –motivo bíblico– o al gallo –motivo druídico y, por tanto, de origen celta–, o es musulmana y, en todo caso, se resiste a ser cristianizada. Ya veíamos en los textos carolingios que la sarracena Lucerna se resistía a ser conquistada por cristianos; y esta resistencia se encuentra también en la leyenda bretona de la ciudad de Is –Ker-Is (ciudad baja) o Ker-Ris (ciudad de la ribera)–, que, por una gigantesca marea, quedó sumergida en la bahía de Douarnenez (Bretaña) en el s. V. Sobre este hecho catastrófico la imaginación popular proyectó una antigua leyenda céltica, contaminada de cristianismo, en la que la princesa Dahud, que se resiste a abandonar el druidismo y que es una gran pecadora, se enamora de un misterioso y brillante príncipe vestido de rojo y, para complacerle, roba a su padre, el rey Gradlon, la llave “del pozo del abismo”. El príncipe rojo abrirá las compuertas de la ciudad a la marea alta y San Gwénolé arrojará en el turbión a la princesa, a la que su padre intenta salvar huyendo a caballo.¹²

Un tercer ciclo temático, común a las leyendas del noroeste español, a la de la ciudad de Is y a muchas otras leyendas francesas, presenta la ciudad sumergida perviviendo en el “otro mundo” subacuático de lagos, lagunas, ríos, bahías o, incluso, del océano; quien a ellos se acerque en ciertos días del año –San Juan, Navidad– o a ciertas horas –al amanecer, a las 12 de la noche– oirá voces, repique de campanas y el canto de los gallos de la ciudad; además, en ciertos pozos próximos, verá asomar la

Coruña) y Cospeito (Lugo), Leandro CARRÉ ALVARELLOS, *Las leyendas tradicionales gallegas*. Madrid, Espasa-Calpe, 2ª ed.: 1978, pp. 51-53 y 90-92, respectivamente (Carré indica que la ciudad sumergida en Cospeito se llamaba “Bería”). Para las tres citadas y, además, San Miguel de Villaplana (Lugo), Pedro de FRUTOS GARCÍA, *Leyendas gallegas. De Breogán al fin del mundo*. Madrid, Tres-Catorce-Dieciséiete, 1981, pp. 33-36 y 79-80 (según Frutos, la villa asulagada en Cospeito es “Valverde”; y el mismo nombre le da José María CASTROVIEJO en *Galicia. Guía espiritual de una tierra*. Madrid, Espasa-Calpe, 2ª ed.: 1970, pp. 461 y 469). Para Estabañón o Labañón, FRUTOS, *Leyendas gallegas (II). De la iniciación al mitogenismo*, pp. 105-108. Para los lagos de Isoba (León), César MORÁN BARDÓN, “Notas folklóricas leonesas”, *RDTP*, IV (1948), pp. 67-68.

¹² Yann BREKILLEN, *La mythologie celtique*. S.l, Marabout, 1981, pp. 168-171.



veleta del campanario con figura de gallo. Así, pues, en determinados momentos en que se abre o cierra un ciclo temporal, la vieja realidad se hace presente, pero, pasado el instante mítico, un nuevo ciclo recomienza y todo vuelve al silencio de la sombra. Es este tema el que se supone de origen céltico, que también aparece en la *Getica* de Jordanes, en la narración de la emigración del pueblo godo bajo el rey Filimer, desde Escandinavia a Escitia¹³.

Sea cual sea su origen, lo que parece dudoso es que fuera traído por las peregrinaciones jacobeanas a una tierra tan conservadora de mitos y leyendas como es el noroeste español, que, además de los enclaves célticos de que habla Estrabón, conoció un importante reino suevo y tuvo destacado papel en la España visigoda, aparte de sus relaciones por mar con Irlanda y Bretaña. En cambio, de la época de las peregrinaciones a Santiago parecen ser los motivos artúricos y carolingios y los propiamente jacobeanos; así, Carlomagno hunde la ciudad de Lucerna, los mosquitos de la laguna de Antela son Artús y sus caballeros; “en el lago Somido [al pie de Las Médulas, en León] se encuentran sumergidos la espada de Roldán, capitán de “Carromanos”, y el barril de Oliveros. [...] Antiguamente eran contemplados por cuantos se acercaban al lago a las diez de la mañana del día de San Juan”¹⁴, etc.; y en la leyenda de Estabañón o Labañón, es Santiago Apóstol, que andaba por el mundo como misionero, quien hunde la ciudad en las aguas de la ría de Vivero, etc.

Sin duda, en estas leyendas se intentaba dar una explicación religiosa a fenómenos naturales catastróficos que resultaban inexplicables. Los cataclismos acuáticos son interpretados como castigo por la alteración del orden formal establecido, pero también como mito de purificación y regeneración. El “salvado de las aguas” es quien no ha transgredido y ha respetado el orden; él podrá reconstituir “un orden nuevo”. Por el contrario, quien transgrede o se resiste quedará sumergido, vuelto así, por tanto, a lo preformal, al caos. Las aguas, que “symbolisent la somme universelle des vir-

¹³ Ramón MENÉNDEZ PIDAL, *Los godos y la epopeya española. “Chansons de geste” y baladas nórdicas*. Madrid, Espasa-Calpe, 1956, pp. 13-14.

¹⁴ LÓPEZ, ob. cit., p. 151.



tualités”, purifican y regeneran “la ciudad pecadora” que podrá, cíclicamente, tener una nueva posibilidad de existencia¹⁵.

En el verano de 1840 y en el Semanario Pintoresco Español¹⁶, publicó Enrique Gil y Carrasco la que habría de ser su primera novela, *El Lago de Carucedo*¹⁷, con el subtítulo Tradición Popular, a la manera de los cuentos y tradiciones en verso de Espronceda, Zorrilla y otros románticos. La novela está formada por una Introducción descriptiva del lago y su entorno, a la que siguen “un cuento regionalista, un cuento histórico y una leyenda en prosa parecida a las que Bécquer escribirá más tarde”¹⁸, terminando con una breve Conclusión. La obra posee una evidente falta de unidad estructural, lo que la hace aparecer como un ejercicio de narraciones yuxtapuestas, no obstante lo cual, es de agradable lectura. En ella se manifiestan los cinco aspectos más destacados de la personalidad literaria de Gil: su amor a El Bierzo, su gusto por lo descriptivo y por lo histórico, su carácter sentimental y su talento crítico y observador. Lo fantástico no es su fuerte, pero aprovecha el carácter legendario de *El Lago de Carucedo*, situado en uno de los más bellos parajes de su patria chica, para montar una trama erótico-religiosa, en la que incrusta unos episodios históricos de los que fácilmente hubiera podido –y debido– prescindir, puesto que son una digresión respecto de la acción principal.

Partiendo del viejo recurso del “manuscrito encontrado”, Gil sitúa la acción a finales del siglo xv, en un desaparecido monasterio bernardo, San Mauro de Villarrando, a orillas del lago. En él vive acogido

¹⁵ Mircea ELIADE, *Le sacré et le profane*. Paris, Saint-Amand, 1965, p. 111, y Vicente RISCO, *Orden y caos. Exégesis de los mitos*. Madrid, 1968, pp. 170 y ss. Cito por TABOADA, ob. cit., p. 234. También ELIADE, *El mito del eterno retorno. Arquetipo y repetición*. Buenos Aires, Emecé, 2ª ed.: 1968, pp. 79-91, especialmente.

¹⁶ En la serie II, núms. 29 al 32, correspondientes a los días 19 y 26 de julio y 2 y 9 de agosto (pp. 228-229, 235-239, 242-246 y 250-255, respectivamente). Cito por Jean-Louis PICOCHÉ, *Un romántico español: Enrique Gil y Carrasco (1815-1846)*. Madrid, Gredos, 1978, p. 381.

¹⁷ Enrique GIL Y CARRASCO, *Obras completas*, ed. Jorge Campos. Madrid, Atlas, 1954, BAE, t. LXXIV, pp. 221-250.

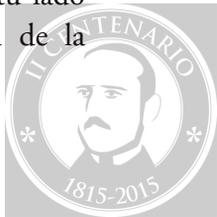
¹⁸ PICOCHÉ, ob. cit., p. 335.



Salvador, de origen desconocido, que, en sus correrías de caza por los alrededores, se enamora de María, bella y humilde pastora, forastera en la comarca; pero también el brutal y lujurioso castellano de Cornatel, don Álvaro Rebolledo, ha puesto en ella sus malos ojos y decide raptarla. A los gritos de María acude Salvador, se enfrenta con su rival y lo mata, por lo que ha de huir para no caer en manos de los esbirros del de Cornatel. La segunda parte relata la marcha de Salvador, su participación en la guerra de Granada y posterior ida a América con Cristóbal Colón.

Ya en la tercera parte, Salvador regresa a Villarrando y, al saber que María ha profesado en un convento, toma él también el hábito religioso. Muerto el abad, su protector, Salvador llegará a ser el nuevo abad, destacándose por su dulce trato y sus rigurosas penitencias; no obstante, el recuerdo de su amada persiste en su mente y en su corazón. El portero del monasterio coadyuva a la intranquilidad de ánimo de Salvador, pues le comunica que una maga o visión ronda por las noches la fuente de Diana, en los jardines cercanos al monasterio. Como era de esperar, la maga no es otra que María que, enloquecida, ha huido de su encierro en busca de su pasado de amor y de su libertad. Junto a la fuente, de noche, Salvador reconoce a María, pero ella vive absorta en sus recuerdos, fuera de la realidad, y el abad la acoge en un pequeño edificio en los jardines del monasterio. Él volverá a visitarla en las noches siguientes y, poco a poco, ella va reconociendo a su amado.

Aunque Salvador redoble sus mortificaciones, el amor se abre paso impetuoso, hasta tal punto que, en la última visita, la propia María, ya recobrada la lucidez, se asombra de la fuerza de la pasión que mueve a su amante y que a ella misma la envuelve; y al reprocharle a Salvador, que, como en otro tiempo, se ha vestido de cazador bajo su hábito, que lo haya dejado caer, y suplicarle que la vuelva a su claustro, él responde: “El destino, con ímpetu irresistible, me ha lanzado a tus pies. Pues bien ¡cúmplase mi estrella!...” En ese momento la tierra comienza a bramar y a temblar. Todavía insiste María: “Vuélveme al santo asilo de donde me arrancó mi locura, que tenemos al cielo irritado y la muerte nos cerca por todas partes”; y, cuando Salvador formula las terribles palabras: “¡Jamás me separaré de ti y venga la muerte a sorprenderme a tu lado con tal que ruede yo en tus brazos por los abismos sin fin de la



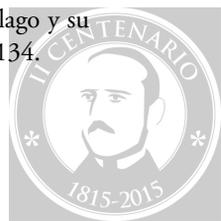
eternidad!”, estalla el terremoto “y de los peñascos que enseñoreaban la hondonada brotó con fragor horrible una catarata semejante a las del diluvio, que se despeñó inundando y arrastrándolo todo”.¹⁹ Sobre las aguas turbulentas aparece flotando un hábito blanco y negro, mientras un blanco cisne majestuoso surge de las aguas y, “posándose sobre los peñascos, emitió su canto y a poco levantó el vuelo.” El episodio finaliza con el asombro y las conjeturas de los monjes sobre tan extraño suceso, los cuales, al quedar su monasterio sumergido en las aguas, se retiran al de Carracedo: “y en el país quedó la tradición que acabamos de contar”.

La novelita concluye con una breve explicación racionalista, con la que Gil, además de presentarse como un esprit fort, trata de no dar pábulo a la creencia popular en el carácter misterioso y legendario del lago, haciendo hincapié en que ha sido formado como cualquier otro; y su referencia a que quizá ya existiera en tiempos de los romanos parece ser respuesta a la certeza de los habitantes de la comarca de que este lago artificial, es de reciente formación y debido, sin duda, a la concentración de las aguas residuales de la cercana explotación aurífera romana de Las Médulas²⁰.

Quizá Gil no conocía los relatos carolingios –o no los relacionados con el lago–, puesto que no hay ninguna alusión a ellos en otras obras suyas, como, por ejemplo, el *Bosquejo...* (1843) o *El Señor de Bembibre* (1844), en las que, por otra parte, se extiende larga y detenidamente en descripciones y anécdotas sobre el Lago, Ventosa, Las Médulas y otros lugares de El Bierzo; sin embargo, es muy probable que conociera

¹⁹ “La tempestad, presagio de un pecado, seguida, en el momento fatal, por un terremoto, es una semejanza con *El lago de Carucedo*”, indica PICOCHE al referirse a *La heredera de Sangumí* (1835), de Juan CORTADA Y SALA, como posible influencia en la obra de Gil, ob. cit., p. 257, n. 83.

²⁰ “Lo fantástico [...], muy desarrollado entre los románticos ingleses, es poco cultivado por los españoles; que sienten repugnancia instintiva a utilizar materiales irracionales. Hay, sin embargo, autores que escriben relatos de aspecto fantástico para los que proponen luego una solución lógica. Tal es el caso de la Avellaneda en su cuento *La ondina del lago azul* o de M. A. Príncipe en el cuadro segundo de su drama *El conde don Julián*.” (PICOCHE, ob. cit., p. 221). Para todo lo referente al origen del lago y su relación con la explotación romana de Las Médulas: LÓPEZ, ob. cit., pp. 129-134.



leyendas y breves relatos sobre ellos.²¹ Por supuesto, Gil no pretende dar aquí –como parece suponer Cortés en su conocido artículo– “la leyenda del Lago Carucedo” [sic]²², como si, necesariamente, tuviera que responder esta novela al modelo literario fijado en los textos carolingios o coincidir con las versiones del Lago de Sanabria; sino que, sencillamente, Gil escribe una novela en la que, con libertad, fabula y fantasea sobre el famoso lago, basándose en la vox populi que le suponía un misterioso origen.

La obra manifiesta una marcada influencia del Don Álvaro del Duque de Rivas: el protagonista es de origen desconocido, pero noble; mata violentamente a su rival, por lo que huye y se enrola en una acción militar; más tarde, toma el hábito religioso, lo mismo que su amada, a la que encuentra casualmente cerca de su monasterio; los monjes presencian la catástrofe final, la amada muere y parece ser que el protagonista se condena; pero “es evidente que las diferencias son notables. La casualidad tiene menos relieve que en la obra del Duque; la voluntad del protagonista está más marcada: él mismo recoge cerca del monasterio a la mujer querida y va a buscarla voluntariamente. Gil no quiere que la condenación eterna de un hombre dependa de la casualidad. Sus pecados son reales y premeditados.”²³ La mayor responsabilidad del protagonista en los actos que lo conducen a su posible condenación y una menor intervención de la casualidad, ratifican la decisión de Gil de componer un relato ejemplificador y

²¹ A este respecto es interesante señalar lo que dice Gil del curioso personaje que le sirvió de guía en una excursión a Las Médulas: “El equipaje de su entendimiento no tenía menos de extraño que el de su persona, porque era hombre que, sin duda, con alguna expresión que había atrapado al vuelo a las pocas gentes instruidas que han ido a examinar estos parajes y con *los consejos y cuentos de las viejas*, había llegado a formar el más descomunal maridaje que imaginar se puede. / Hablaba del *emperador Plinio* que había tenido su corte en aquellos catarros y barajaba *moros y romanos* en la más chistosa confusión .del .mundo»; y más adelante: “El buen hombre, que hasta entonces había tenido la prudencia de no mentar fantasmas ni apariciones hablaba entonces de ellas con frecuencia...” (Enrique GIL Y CARRASCO, *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, ed. María Paz Díez-Taboada. León, Diputación Provincial, 1985, pp. 90-91 y 95. *Cursivas nuestras*).

²² Art. cit., p. 104, n. 27.

²³ PICOCHÉ, ob. cit., p. 241.



moralizante, aprovechando los motivos básicos de las leyendas del ciclo del “diluvio / lagos malditos / ciudad sumergida”. La novela es, pues, un exemplum, como lo son “la destrucción de Sodoma”, la fábula de Filemón y Baucis y, en cuanto a su núcleo temático central, también las leyendas del noroeste español. Por tanto, las diferencias más notables entre este relato y los antes citados, se deben al asunto que Gil ha elegido.

Muy sutilmente y con extremada coherencia, Gil presenta, en un relato sentimental, en el que apunta ya su maestría en el análisis psicológico de los personajes, la transgresión del orden establecido como ruptura del compromiso personal de tipo religioso que ambos amantes han contraído. Durante toda la novela ha ido preparando esta ruptura, que no es producto del azar, de la veleidad o de un arrebató pasional momentáneo; porque Salvador “no sabe quién es” en ningún momento, no ha llevado nunca las riendas de sí mismo. Aunque su voluntad es tan decidida, aparentemente, como la de Don Álvaro, porque en la trama de la obra no juegan los hechos fortuitos y casuales un papel tan destacado y explícito como en la de Rivas, sin embargo, las decisiones de Salvador surgen del fondo de su alma, como las aguas surgen de la tierra en la escena final: de una manera impetuosa y semiinconsciente, sin que él se decida nunca a entrar en conocimiento de sí mismo. A este respecto, el origen desconocido del protagonista es más que un motivo literario muy en boga en la época: es un símbolo y una *conditio sine qua non* para la comprensión de la conciencia brumosa que de sí mismo posee Salvador. En la escena final se revela nítidamente su ser: vestido de cazador bajo el hábito, que deja caer y pisotea, va al encuentro de su amada en los jardines del monasterio. Las armas del guerrero, los proyectos del navegante y el hábito religioso son disfraces que le cubren y ocultan su verdadero ser.

La escenografía del encuentro nocturno de los amantes tiene importancia relevante en la obra: de noche, en los jardines cercanos al monasterio y presidiendo la fuente que allí mana, reina Diana, la vieja diosa de la caza y de los bosques, a la que, precisamente, deben su nombre las xanas, ninfas acuáticas de los mitos y leyendas astur-



leoneses.²⁴ Pero Diana era también una diosa protectora de la castidad y, por tanto, en este relato su símbolo es ambivalente: por una parte, como cazador y amante de la naturaleza, Salvador es grato a la diosa, la cual, como divinidad precristiana y femenina, ha perdido su hegemonía; su poder está sometido al “orden nuevo”: “el cielo”, poder divino, cristiano y masculino; pero, por otra, ella también está ofendida, pues se ha roto el compromiso de castidad y, como diosa de las fuerzas de la naturaleza, abre las entrañas de la tierra y desata el furor de las aguas. Pero es probable que Gil no tuviera in mente este segundo aspecto de la deidad romana, puesto que las xanas son divinidades ligadas a las fuerzas eróticas y, en las leyendas asturianas, se manifiestan lúbricas e insinuantes.²⁵ Por tanto, Gil instrumentaliza el símbolo de Diana como oponente de “el cielo” en una batalla entre el bien y el mal, en la cual “cultura (monasterio) / comunidad religiosa / castidad / masculinidad” son las fuerzas de “el cielo” y del cristianismo, o sea, del Bien; y “naturaleza (jardines y fuente) / pareja (cazador y pastora) / erotismo / femineidad” son las de Diana –la tierra y el paganismo–, por tanto, las del Mal. Aquí también, como en las viejas leyendas que hemos visto, el que rompe el orden establecido, el cosmos, sufre la reversión al caos.

De este diluvio –la alusión bíblica es explícita– que castiga la osadía de Salvador, el único que parece que no se salva es él, que, además, conduce a su amada a la muerte; pero, aunque María muere, el cisne surgiendo de las aguas es, sin duda, la representación de la salvación de su alma inocente. El cisne es símbolo muy frecuente en la poesía romántica y, en concreto, en la de Gil, en la que, a veces, lo es del

²⁴ Julio CARO BAROJA, “Las lamias vascas y otros mitos”, en *Algunos mitos españoles*. Madrid, Centro, 3ª ed.: 1974, pp. 44 y 59 y ss.

²⁵ “La atávica, ensombrecida y dispersa mitología astur dejó flotando en los valles de la más alta montaña leonesa la repetida creencia en janas, chanas o xanas, ninfas de cara envejecida que habitaban lagunas y, preferentemente, arroyos y torrentes, confundiendo entre los sonidos del agua sus murmullos e invitaciones. Se cuenta como cierto que las janas atraían a los varones con sus cristalinas y susurrantes invitaciones, introduciéndolos en el corazón de los bosques con requiebros y sonrisas, para robarles, finalmente, su espíritu y su vida. Dice también esta fe mágica que muy pocos hombres pudieron sustraerse a la quebradiza y subyugante voz de la jana.” (Andrés TRAPIELLO, “Láncara”, en *El filandón de S. Pelayo*, ed. José Carlón. León, Diputación Provincial, 1984, p. 100).

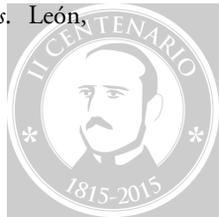


propio yo melancólico del poeta (“cisne sin lago” o “blanco cisne”) y también “emblema de pureza”²⁶; pero en este relato la imagen del cisne recuerda a las mujeres y almas puras del sídh o “el otro mundo” celta que, en figura de cisnes o de otras aves blancas, se encuentran en algunas leyendas de la España del norte²⁷, y es posible que Gil la incorporara a su relato consciente de su carácter legendario. Como en los relatos del diluvio y en las leyendas de “lagos malditos” y “ciudades sumergidas”, también en esta novela de Enrique Gil salvan su vida los no-transgresores del compromiso religioso que han contraído: los monjes de San Mauro, que, si no “reconstituir la especie humana”, podrán restablecer su vida religiosa entre sus hermanos de Carracedo. A este respecto, el hábito blanco y negro que flota sobre las aguas en la escena final, es símbolo elocuente de lo que Gil quiere “poner a salvo” en este relato ejemplificador –y, como dice Picoche de *El Señor de Bembibre*, apologético–: las órdenes religiosas.

La misteriosa torrentera, castigo sobrenatural que destruye y anega Villarrando y arrastra en su furia al mal religioso que era su abad, es trasunto de la ola anticlerical que imperaba en la política española de la época y que culminó en 1835-1836 con los decretos de supresión de las

²⁶ P. ej., en “A la memoria del general Torrijos”, v. 30, “La caída de las hojas”, v. 175, y “El cisne”, v. 190 (GIL Y CARRASCO, *Obras completas*, ed. cit., pp. 4b, 12b y 19a, respectivamente).

²⁷ “Un tema muy frecuente en las leyendas es el de las hadas o *bánsídhe*, ‘mujeres del sídh’ (las *banshees* del folklore irlandés moderno en lengua inglesa) [...] Estas mensajeras del sídh aparecen a menudo en forma de cisnes, que, como los ángeles del cristianismo, simbolizan los estados superiores del ser y aseguran, de alguna manera, el vínculo que une al mundo terrestre con el mundo de los dioses (del que el Más Allá no es más que una ínfima parte reservada a los mortales), literalmente “otro”, y que es insensible a las contingencias del tiempo y del espacio.” (Françoise LE ROUX, “La religión de los celtas”, en *Historia de las Religiones Siglo XXI*, 3: *Las religiones antiguas*. Madrid, Siglo XXI, 4ª ed.: 1984, p. 149). Un ejemplo de su recuerdo en España: “Existe una pequeña laguna en Fuentes de Carbajal (León), donde se dice que a veces se aparece una perdiz blanca. Se cree que es el alma del niño que allí se ahogó resbalando en la nieve. En este relato podemos contemplar una clara reminiscencia de aquella antigua creencia céltica que afirmaba que las almas de los difuntos se reencarnaban en aves blancas, concretamente en palomas.” (Francisco J. RÚA ALLER y Manuel E. RUBIO GAGO, *La piedra celeste. Creencias populares leonesas*. León, Diputación Provincial, 1986, p. 63).



órdenes religiosas y desamortización de sus bienes. Por tanto, esta primera tentativa novelesca de Gil, *El Lago de Carucedo*, es quizá también la primera novela española –antes que *El Señor de Bembibre*, a la que sirvió de banco de pruebas– que se alzó en defensa de los religiosos, porque, para el escritor leonés, “un monasterio vacío es un monasterio arruinado. Una comunidad exclaustrada significa un retroceso de la civilización”²⁸.

²⁸ PICOCHÉ, ob. cit., p. 111; y, en general, sobre este aspecto de la obra de Gil, ver pp. 93-115. También en GIL Y CARRASCO, *Bosquejo...*, ed. cit., pp. 56-58, 99-101 y 104 y ss.

